

LA TRANSMISION DE LA REVELACION

SEGUN LA DEI VERBUM

por Emilio González-Chávez

Emilio:

Tu trabajo a la vez
es una exposición clara y ordenada
de la doctrina del c. 2º de la Dei
Verbum; y una manifestación
de tu juicio personal sobre el tema

MB
GCH

LA TRANSMISION DE LA REVELACION SEGUN LA DEI VERBUM

I. INTRODUCCION

Para el creyente, el hecho de la revelación de Dios ocupa un lugar eminente en su vida: el conocimiento de Dios y la relación que tiene con El le da sentido y esperanza a toda su existencia. Pero Dios, después de haber hablado antiguamente en muchas ocasiones, se reveló definitivamente y por última vez (de manera pública y oficial) en su Hijo, "Imagen de Dios Invisible" (Col 1:15)*. Nosotros no recibimos, como los apóstoles, una revelación nueva y directa, sino que se nos transmite lo que otros oyeron y vieron (cf. 1Jn 1:1). Creemos que la Iglesia ha guardado durante siglos la Palabra divina, y que nos la transmite hoy fielmente, de modo que también nosotros podemos conocer al Señor del universo.

La Iglesia, mediante la constitución dogmática Dei Verbum, del Concilio Vaticano II, nos enseña cómo ella considera la revelación hoy. El capítulo segundo de la misma constitución trata acerca de su transmisión, aspecto esencial para el conocimiento de Dios en todos los tiempos. "Este capítulo segundo es quizá la contribución más importante de la constitución, y quizá desde el futuro aparezca como el más importante de todo el Concilio" (1), nos dice Luis Alonso Schökel. La trascendencia de la Dei Verbum se extiende a todos los cristianos, pues todos de un modo u otro fundamentan su fe en la revelación. El ecumenismo

* Todas las citas y referencias bíblicas tomadas de la Biblia de Jerusalén. Para más detalles véase la bibliografía.

se tuvo muy en cuenta, en su elaboración, y ella "será llamada a desempeñar una función considerable en el diálogo ecúmenico entre los cristianos divididos, porque intenta darles a todos un mismo lenguaje, el lenguaje bíblico, a fin de exponer el mismo fundamento de nuestra fe común"(2).

BREVE HISTORIA DE LA DEI VERBUM

La historia de la Dei Verbum es de las más dramáticas y largas del Concilio. El primer esquema, De fontibus revelationis, fue duramente atacado por hablar de la Tradición como fuente separada de la revelación y por orientar en determinada dirección cuestiones aún discutidas y que repercutían en el ecumenismo, tal como si toda la revelación estaba o no contenida en la Sagrada Escritura, y tras una tumultuosa votación, el Papa Juan ~~XXIII~~ XXIII mandó que se reelaborara el esquema por una comisión mixta compuesta por cardenales, teólogos y miembros del Secretariado por la unidad de los cristianos (1962). Se redactó una fórmula de compromiso que carecía de substancia, y pareció que no sería mantenido el esquema en el programa del Concilio al estar la mayoría en contra de él. Pero el Papa Pablo VI lo señaló como uno de los temas que debían de tratarse, y una subcomisión de obispos de esmerada formación exegética asistidos por peritos redactó el nuevo esquema presentado el 3 de julio de 1964 (3ra redacción), que es substancialmente lo que finalmente se promulgó. Se abrió el debate, y las observaciones de los pa-

dres fueron estudiadas por la subcomisión y por la comisión plenaria teológica (4ta redacción). En el cuarto período de sesiones (1965) el quinto esquema fue aceptado por una abrumadora mayoría (2,344 a favor, 6 en contra) (3).

II. LA TRANSMISION DE LA REVELACION SEGUN LA DEI VERBUM

La Dei Verbum usa normalmente el vocablo "Tradición" para designar el depósito de la fe y su transmisión a todas las edades. Es un término que puede tener varias acepciones. Puede significar las tradiciones (con minúscula y en plural) eclesiológicas, o sea, las formas de expresión del Evangelio según los lugares, los tiempos y las culturas particulares. Puede también designar (con minúscula y en singular) el proceso de transmisión del Evangelio en la Iglesia y por la Iglesia (4). De igual modo, "la Tradición apostólica" es todo el mensaje ~~evangelico~~ evangélico recibido de Cristo por los apóstoles y consignado de "modo especial" en los libros inspirados" (Dei Verbum n. 8)*. En la Dei Verbum, "Tradición" significa el mensaje evangélico y su transmisión en y por la Iglesia, que ahonda en él por la ayuda del Espíritu Santo (5). La revelación que trae Cristo y que confía a sus apóstoles no crece, pero sí aumenta su comprensión,

ora por la contemplación y estudio de los creyentes que las meditan en su corazón (cf. Lc 2:19,51), ora por la íntima inteligencia que experimentan de las cosas espirituales, ora por la predicación de quienes, a par de la sucesión del episcopado, recibieron el carisma cierto de la verdad (DV n. 8).

*Citamos según la traducción del libro "La palabra viva del Concilio", de R. Schutz y M. Thurian, por parecernos la más literal. Véase la bibliografía para obtener más información sobre el libro.

Y en qué consiste el "mensaje evangélico"?

El mandato dado por Cristo a los apóstoles de predicar este Evangelio significa transmitir toda esta plenitud de la revelación en Cristo, que es verdad salvadora, y comunicar los bienes divinos a toda la humanidad. La transmisión de la revelación por medio de los apóstoles--lo mismo diremos luego de la transmisión en la Iglesia postapostólica-- no se puede agotar en un catálogo de verdades recibidas de Cristo, sino en que implica también la reproducción de otros actos dotados de valor salvífico. Tampoco la revelación hecha en Cristo fueron sólo palabras, sino toda la vida y existencia terrena del Verbo hecho carne. Como la vida de Cristo fue un hacer y enseñar (Act 1,1), así también en la transmisión de la revelación por medio de los apóstoles no pueden faltar otros actos salvíficos realizados por Cristo y encomendados a los apóstoles (6).

La Tradición incluye los hechos salvíficos de Cristo, tal como los sacramentos instituidos por él, que han de ser transmitidos en, por y para la Iglesia con vistas a la salvación de todos. En las palabras del Concilio, "lo que los Apóstoles transmitieron [la Tradición] comprende todo lo que contribuye a que el pueblo de Dios lleve vida santa y se acreciente la fe, y así la Iglesia, en su doctrina, vida y culto, transmite a todas las generaciones todo lo que ella misma es, todo lo que cree" (DV n.8).

En el número nueve, la Dei Verbum habla de la "mutua relación entre Tradición y Escritura". No dice que constituyen dos fuentes de revelación; al contrario, "ambas, por manar del mismo manantial divino, confluyen en cierto modo en uno y tienden al mismo fin". "No hay más que una sola y misma fuente de ver-

dad, que es la revelación misma de Dios, el Evangelio de Cristo', (7), "fuente de toda verdad saludable y de toda disciplina de costumbres" (DV n.7). Este Evangelio, que primero fue predicado, nos viene de dos modos, por la Escritura y por la Tradición. La Escritura es la palabra de Dios escrita, consignación inspirada por el Espíritu Santo. La Sagrada Tradición transmite íntegramente esta Palabra divina; pero no sólo la transmite: nos proporciona una certeza que no podemos obtener con la Escritura sola (cf. DV n.9). No encontramos, al menos explícitamente, todas las verdades de nuestra fe en la Biblia. Ella no es una codificación de la revelación integral. Contiene partes oscuras, no conocemos de golpe todas sus implicaciones. Necesita ser leída e interpretada en unión con la Tradición, pues no puede ser aislada de la vida de la Iglesia. Ella, por sí misma, es sólo letra (8), pero se encarna en el pueblo de Dios, apacentado por sus pastores y guiado por el Espíritu Santo, de modo que vive y vivifica. Es la comunicación divina encarnada de modo especial: ha sido escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo, contenga o no toda la revelación. Pero sólo se comprende, sólo se hace eficaz, a la luz de la vivencia total de la Iglesia, que es la Tradición en el sentido más excelente. Y esta Tradición transmite el mensaje divino íntegramente bajo la iluminación del Espíritu Santo, de modo que a la vez que se mantiene intacto, sigue vivo y vivificador en la Iglesia (9). Por otro lado, la misma Tradición nos da a conocer "el canon íntegro de los libros sagrados" (DV n.8).

El número nueve termina con estas palabras: "Por lo cual, ambas [Tradición y Escritura] han de ser recibidas y veneradas con igual sentimiento de piedad y con la misma reverencia", pues la una no subsiste sin la otra (cf. DV n.10). La Tradición nos enseña a leer la Biblia, pero a su vez halla en ella el criterio de su propia fidelidad (10).

La misma cita de arriba nos remite al Concilio de Trento, que dice que la Iglesia, "con igual afecto de piedad e igual reverencia recibe y venera todos los libros, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, ... y también las tradiciones mismas que pertenecen ora a la fe, ora a las costumbres, como oralmente por Cristo o por el Espíritu Santo dictadas y por continua sucesión conservadas en la Iglesia Católica" (11). Más arriba dice que "esta verdad y disciplina* se contiene en los libros escritos y las tradiciones no escritas que, transmitidas como de mano en mano, han llegado hasta nosotros desde los apóstoles, quienes las recibieron o bien de labios del mismo Cristo, o bien por inspiración del Espíritu Santo..." (12). Me parece el momento oportuno para introducir la discutida cuestión no de las "dos fuentes", planteamiento superado por la misma Dei Verbum (cf. DV nn. 7,9) (13), sino de la extensión respectiva de la Sagrada Escritura y de la Tradición.

La Dei Verbum no da respuesta a este problema (14), y sigue siendo interesante. ¿Está toda la revelación consignada en la Sagrada Escritura, al menos implícitamente? ¿O más bien contiene la Tradición verdades y actos salvíficos que derivan de

* Se refiere al Evangelio predicado por Cristo. Cf. Denz 783, en la versión indicada en la bibliografía.

los apóstoles y que no tienen ningún fundamento escriturístico?
¿Cómo debemos de interpretar lo que dice Trento sobre esta cues-
tión?

Yves Congar, en su valioso estudio La tradición y las tra-
diciones nos explica:

El proyecto de decreto sometido al Concilio el 22 de marzo de 1546 llevaba el enunciado siguien-
te: "Perspiciensque hanc veritatem partim conti-
neri in libris scriptis, partim sine scripto tra-
ditionibus"*. ...Se pudo haber temido y creído
que el Concilio iba a comprometerse por el cami-
no de presentar tradiciones no escritas y Escrituras como dos fuentes independientes y paralelas de la regla de verdad que es el Evangelio.

Quizá como consecuencia de la protesta del general de los Servitas, Angelo Agostino Bonucci, el texto final del decreto **no** reprodujo el partim ... partim y presentó el Evangelio promulgado por Jesucristo y confiado por El a los Apóstoles, no ya ^{como} regula, sino como fons de toda la verdad salvífica y de la disciplina de las costumbres; no dice, acerca de este Evangelio, que está contenido parte en las Escrituras, y parte en las tradiciones (apostólicas) orales, sino que está contenido, a la vez, en los libros escritos y en las tradiciones (apostólicas) transmitidas de mano en mano.

La corrección es notable: partim... partim ha sido reemplazado por la conjunción et. ... Constatando entre los doctores católicos dos corrientes contrarias, la una quizá, más fuerte, en favor del partim... partim, la otra en favor de la suficiencia de la Escritura, y no viendo una solución madura, el Concilio, siempre preocupado de no expresar sino aquello sobre lo que los católicos están de acuerdo, se contentó con afirmar, yuxtaponiéndolas, y sin precisar nada en cuanto a sus relaciones, las dos formas en las que se comunica el Evangelio de Jesucristo, en su plenitud y pureza, como fuente de toda verdad salvífica y de disciplina cristiana. Por esta razón afirma el Concilio que estas dos formas deben ser recibidas pari pietatis affectu.(15).

* Traducción: "Y viendo que esta verdad [cf. nota al pie de la p. 6 de este trabajo] en parte se contiene en libros escritos, y en parte en tradiciones no escritas".

Luego Trento no decretó nada sobre la extensión de los modos de transmisión del único Evangelio, fuente única de revelación; sólo dice que ambos nos transmiten íntegramente "toda verdad saludable y ... toda disciplina de costumbres" (**Denz. 783**). Cabe señalar, sin embargo, que la mayoría de los teólogos de la época sostenían la existencia de tradiciones apostólicas no escritas que eventualmente contienen verdades dogmáticas (16).

~~Las siguientes aportaciones de Congar me parecen beneficiosas. Primero, la idea de una transmisión puramente oral de verdades reveladas que no se escribirían jamás parece una quimera; lo transmitido por los apóstoles debe encontrarse en alguna cosa objetiva o externa; sea en escritos o formas de vida cristiana. Segundo, existe una tradición teológica según la cual las verdades necesarias para la salvación están contenidas todas ellas, de una manera u otra, en la Escritura. Finalmente, debemos desprendernos del problema demasiado limitado y polémico de Scriptura sola, pues ningún católico (ni aun cristiano) (17) puede sostener este principio. No hay punto alguno de la doctrina cristiana que se funde exclusivamente sobre la Biblia. Todos implican Escritura y tradición; incluso respecto de aquellos dogmas de los cuales no hay testimonio formal escriturístico, como el de la Asunción, el Magisterio afirma que se relacionan con la Escritura (18).~~

En efecto, debemos de plantearnos la cuestión de manera más amplia. Me parecen muy esclarecedoras, aun decisivas, las

siguientes reflexiones de Luis Alonso Schökel. Primero, el depósito de la fe no es meramente un catálogo de verdades; es una vida total (cf. DV n.8), que nos transmitieron los apóstoles mediante "la predicación oral, con ejemplos e instituciones" (DV n.7). Es un depósito vivo, que crece como crece un cuerpo, que se desarrolla. No son proposiciones atemporales e inmutables; su sentido nunca será abolido, pero el misterio, su configuración verbal y su captación humana nunca serán agotadas. Segundo, la Escritura, una de las primeras realidades transmitidas, vive y crece en sentido, no por negación del precedente, sino por superación que incorpora y eleva lo anterior. Si usamos el concepto de lo "implícito" para designar cómo se encuentran las verdades de nuestra fe en la Escritura, debemos darle un sentido amplísimo. La Escritura no es un conjunto de determinado número de enunciados que contienen implícitas conclusiones rigurosas. Tiene un carácter literario, con muchas formulaciones de carácter simbólico. Si decimos que la Escritura contiene toda la revelación, hay que decir que la contiene globalmente, no articulada o membrada hasta lo último, sino con una fuerza interior que la empuja ~~ta~~ esa sucesiva articulación. Si a esto le llamamos "implícito", es en un sentido más orgánico que lógico (19).

Al decir la Dei Verbum que ~~la~~ Escritura expresa la revelación "de modo especial" (DV n.8), ~~reconoce~~ su prevalencia, por no sólo contener la palabra de Dios, sino por serla (20). Pero no se trata de buscar cada verdad de fe o cada acto salvífico

en ella, explícita o implícitamente. Toda ella es un depósito privilegiado de vida (cf. Jn 6:68), un depósito que vive en la Iglesia, la cual profundiza en él tendiendo hacia la plenitud de la verdad y esperando la consumación de las palabras de Dios (cf. DV n.8). La Tradición actualiza la Escritura al transmitirla como "una realidad viva, hecha y nunca acabada" (21), y la transmite como un depósito especial de fe, dentro de toda una vivencia eclesial, que saca del Evangelio todo lo que necesita (cf. DV n.7). Pero siempre debemos de tener en cuenta "que la Iglesia no toma de la sola Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las cosas reveladas" (DV n.9). En las palabras de Roger Schutz y Max Thurian,

La Escritura, fruto de la Tradición viva de la Iglesia, del mismo modo que es fruto del Espíritu Santo, necesita ser leída e interpretada dentro de la vida de la Iglesia en unión con la Tradición, para ser comprendida plenamente en toda su significación y en todas sus implicaciones. La Escritura, para ser entendida como palabra de Dios, no puede, consiguientemente, ser aislada (sola Scriptura) de la vida de la Iglesia y de la Tradición (22).

El número diez de la Dei Verbum, el último del capítulo segundo, nos presenta a la Iglesia entera como portadora de la revelación, pues el depósito de la fe, que no es sólo doctrina, sino vida, y su transmisión a todos los tiempos a sido confiado no sólo al Magisterio, sino a todos los fieles, a toda la Iglesia, que primero escucha y medita la palabra de Dios. Siguiendo el mismo orden de la Lumen gentium, la Dei Verbum habla primero de la Iglesia total antes de hablar de las funcio-

nes particulares de sus miembros (23). "La Iglesia en su totalidad es una comunidad eminentemente profética..." (24).

Sin embargo, el mismo número declara inequívocamente que la función de interpretar auténticamente la palabra de Dios, escrita o tradicional, sólo ha sido confiada al magisterio vivo de la Iglesia" (DV n.10). El magisterio es "el único encargado de interpretar la Palabra de Dios con fuerza obligatoria..."(25). Pero "este magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, no enseñando sino lo que ha sido transmitido..." (DV n.10). Muchas veces se ha creído que la Iglesia (y entendiendo por ésta, la jerarquía) sólo se servía de la Escritura y de la Tradición para fundamentar su doctrina, sin ser regida por ellas. Incluso se pudo pensar "que la Iglesia es un absoluto que sucede a la Escritura ~~≡~~ y la sustituye" (26). Pero el Concilio quita toda confusión en el número diez; para usar una distinción clásica en la teología: "La palabra de Dios es norma normans[norma que norma], mientras el magisterio, frente a esta palabra trascendente e irrevocable de Dios, es norma normata[norma normada]" (27).

Finalmente, nos dice el capítulo dos que la Escritura, la Tradición y el magisterio están trabados y asociados entre sí, "de forma que uno no subsiste sin los otros, y todos juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del único Espíritu Santo; contribuyen eficazmente a la salud de las almas" (DV n.10). Para conocer los designios de Dios, no basta sólo la Escritura,

ni sólo la Tradición, ni sólo el magisterio. La comunicación divina, custodiada por el pueblo de Dios y encontrada de modo especial en la Sagrada Escritura, ha de ser transmitida vivamente en y por la Tradición e interpretada en nombre de Jesús por el magisterio de su Iglesia.

III. EL CAMINO ABIERTO POR EL CAPITULO SEGUNDO DE LA DEI VERBUM/ PROBLEMAS PENDIENTES

El capítulo segundo de la Dei Verbum constituye una etapa nueva en la presentación de la transmisión de la revelación divina. En primer lugar, se pone gran énfasis en la vitalidad del depósito de nuestra fe. A la vez que es inmutable, es vivo y vivificador, contiene una palabra siempre nueva para el hombre. No es una lista de enunciados doctrinales, sino una vida que llega a nosotros hoy joven y eficaz.

Este tesoro sagrado no se encuentra sólo en la jerarquía, sino que vive en todo el pueblo de Dios. Es todo él el que lo escucha y lo comparte con el prójimo, si bien sólo el magisterio lo interpreta autoritativamente. Es de gran importancia el sentir de los fieles y su misma vida cristiana, tanto para discernir la revelación como para conservarla y transmitirla.

El segundo capítulo de la Dei Verbum también aclara ciertas dudas que existían, tal como la relación entre Escritura, Tradición y magisterio, al estudiar cuidadosamente las categorías fundamentales del cristianismo. Si bien queda mucho por hacer y estudiar, el fundamento sólido se ha puesto para estudios futuros sobre la revelación (28). "Por primera vez un documento del magisterio extraordinario propone un texto tan ela-

borado sobre la Tradición: naturaleza, objeto, importancia" (29).

El valor ecuménico de la constitución en conjunto es considerable, por su espíritu no polémico, sino de búsqueda de la verdad y de la concordia. También tiene valor ecuménico el segundo capítulo, aunque trata esa cuestión tan discutida entre todos los cristianos; el magisterio. Roger Schutz y Max Thurian, a la vez que alaban el alcance ecuménico del capítulo, señalan que aunque

Se ha superado una etapa: una mejor comprensión de las relaciones entre Escritura y Tradición; queda, para el diálogo ecuménico, una nueva etapa importante: la comprensión de lo que es el Magisterio en la Iglesia, el ministerio de la interpretación auténtica de la Escritura y de la Tradición en relación a la proposición de la fe como materia de fe divinamente revelada (30).

Esto nos lleva a señalar otros problemas pendientes, basándonos de nuevo en Luis Alonso Schökel. Primeramente, el progreso de la Tradición: ¿cómo entenderlo y explicarlo? "El problema bien conocido de la evolución del dogma ha ensanchado enormemente su horizonte, y ya no se puede plantear solamente en términos de lógica deductiva. La categoría moderna de evolución podrá servir para un análisis crítico (aunque no sea aplicable sin más) (31). Se tendrá que estudiar también las actividades no dogmáticas ni científicas en el crecimiento del entendimiento de la Tradición: la contemplación, la vida de los fieles. La totalidad de la Iglesia como portadora y transmisora de la revelación es un tema nuevo, o redescubierto (32).

Tanto en el campo teórico como práctico queda mucho que hacer. El planteamiento tradicional de la discutida cuestión de si toda la revelación se encuentra de algún modo en la Sagrada Escritura está hoy, como vimos ya, superado, pero sigue teniendo importancia el asunto, especialmente en el diálogo ecuménico, pues los protestantes difícilmente admitirían que hay verdad dogmática fuera de la Biblia (33). La Dei Verbum no declara nada sobre el problema, que conserva su interés, teórico y real.

IV. SIGNIFICADO PERSONAL DE LA TRADICION EN LA DEI VERBUM

En la Dei Verbum, "Tradición" significa la revelación salvífica, cuyo culmen es Cristo, y la transmisión de esta salvación. En otras palabras, todo el fundamento de nuestra vida cristiana, todo el alimento de nuestra condición de hijos de Dios. El sentido del vocablo es riquísimo: no se trata de las "costumbres antiguas" de la Iglesia, ni de sólo la interpretación de la revelación. La Tradición es la actualización perenne de la salvación de Jesucristo, una salvación que no es sólo revelación de verdades, sino que es vida divina, participación en la naturaleza de Dios. Si el mensaje de Cristo y su redención no se hubieran transmitido fielmente, habrían sido limitados a un grupo pequeño de hombres, serían de poco valor. Pero "lo que Dios revelara para salud de todas las gentes, dispuso El benígnísimamente que permaneciera íntegro para siempre y se transmitiera a todas las generaciones" (DV n.7). Luego, ni conoceríamos la salvación de Cristo, ni ésta sería eficaz, si no fuera por la Tradición, que con razón es llamada "sagrada".

Me parece tristemente limitado el hablar de la sola revelación de Dios; Dios ha hecho mucho más que meramente darse a conocer: nos ha reconciliado consigo, nos ha adoptado como hijos, y hecho partícipes de su vida sobrenatural. Para mí "Tradición" no es sólo transmisión de verdades o conocimientos, sino de vida nueva, de salvación. Creo que éste es el sentido que le da la Dei Verbum, pues nos dice que la Tradición nos transmite no sólo la predicación de los apóstoles, sino sus instituciones (cf. DV n.7) y todo lo necesario para llevar una vida santa (cf. DV n. 8).

Hay que considerar el doble aspecto de la Tradición, siendo cada uno esencial. El primero es la fidelidad de la Tradición al transmitir lo que Cristo nos ha dado; y no sólo lo de Cristo, sino toda la revelación de Dios en ambos Testamentos.

En efecto, la misma venida de Cristo es inconcebible sin su preanunciación en el Antiguo Testamento. La relación especial de Israel con Dios, como su pueblo elegido, está atestiguada por la maravillosa historia de la salvación desde los patriarcas, a quienes Dios hizo promesas, hasta los últimos días antes de la venida de Cristo, cuando el mesianismo bullía. No pensemos en qué hubiera pasado si no hubiera habido un Israel; lo que sabemos es que Dios nos preparó para su Encarnación durante largos siglos llenos de ^{signos de} su presencia y bondad, siglos que produjeron aquel "resto fiel" que permaneció junto a Cristo, y creyendo en él, difundió su mensaje hasta el martirio.

El Mesías, al venir estando su camino preparado por Juan el Bautista, proclama la Buena Nueva: Dios se está revelando de ma-

nera muy especial en él, su Hijo amado, para salvar a todos los hombres, reuniéndolos en un solo rebaño bajo un solo Pastor como hijos de Dios y hermanos suyos. Nos da un mandamiento nuevo: que nos amemos, y promete darnos al Paráclito, que nos afianzará en la vida santa. Muere en la cruz en el acto máximo de amor (al revelar a Dios reveló que era amor) y nos salva, liberándonos del pecado y de la oscuridad de no conocer a Dios. Con su resurrección, hace que todos los que lo aceptamos naciéramos de nuevo en el bautismo y tengamos una vida nueva en comunión con Dios y con nuestros hermanos.

Los apóstoles fueron los que transmitieron, en primera instancia, no sólo el mensaje, sino la salvación de Cristo. No sólo anuncian que Cristo nos ha salvado, aunque al hablar en nombre del Señor tiene palabras de vida, sino que hacen: curan, administran los sacramentos, comparten e imparten la salvación, siempre en nombre de Cristo y fieles a su obra. Por sí solos no pueden hacer nada, todo sería en vano. Este es el primer aspecto de la Tradición: la conservación de la salvación de Cristo, ^{fruto de} un sacrificio que no se repetirá, que perdurará para siempre, al cual nada se le puede añadir, pues es perfecto.

~~Pero esta salvación, que son palabras y hechos, ha de ser transmitidas a todos y en todas las edades. Llamamos Tradición, también a este proceso transmisor.~~ Por ella se lleva, en la Iglesia, el mensaje y la salvación de Cristo a todos; pero a la vez que ella es fiel a lo recibido, el mismo Espíritu hace siempre actual a este depósito sagrado. El mensaje eterno es reformulado según el modo de hablar y de pensar de los hombres en un tiempo

dado. La eficacia del sacrificio triunfante de Cristo es impartida mediante los sacramentos, cuyo fundamento es Cristo, aunque ésto no se encuentre explícitamente en la Sagrada Escritura. Luego no sólo las palabras iluminadoras, sino toda la vida que Cristo nos compró nos es ofrecida de nuevo cada día, para hacer nos crecer en la santidad, que es el conocimiento de Dios y el tener y vivir una existencia superior como hijos suyos.

En esta transmisión tiene un papel esencial la Sagrada Escritura. Ella es Palabra de Dios, viva y vivificadora. Ningún otro escrito se le puede comparar. Pero por sí sola no alcanza todo su valor. Se ha de conservar y de transmitir dentro de una vivencia eclesial, ¡esa misma vivencia que la escribió y que determinó su extensión! Sólo dentro de la Tradición es comprendida la Escritura, y actualizada, tanto al realizar sus potencialidades como revelación "especial", como al ser aplicada sabiamente a las necesidades del hombre moderno.

No olvidemos tampoco los hechos salvíficos de Cristo, que se actualizan también cada día y brindan de nuevo su eficacia, especialmente la Eucaristía, aquel alimento que no perece, sino que da vida eterna, y todos los demás sacramentos, canales de la gracia indispensable de Dios. Todo esto nos es transmitido por la Tradición, y no ~~valdría~~ ^{valdría} buda para nosotros si no fuera por ella.

Pero, como creyentes, ¿qué debemos de hacer ante esta oferta constante de Dios? Debemos de siempre reflexionar sobre el sentido de nuestra existencia, visto en la fe desde el punto de vista de la revelación. Somos criaturas de Dios, reconciliados con El para vivir en su intimidad. Y esta comunión con nuestro principio de vida, de bienestar y de realización supone una co-

muni6n con todos nuestros hermanos humanos en la construcci6n de un mundo nuevo, lleno de paz y de justicia, donde tendamos a la Parusía del Señor, cuando él será todo en todos. Tenemos delante de nosotros el ejemplo y la salvaci6n de Cristo: es una oferta grandiosa, pero no es nada sin nuestra correspondencia, sin el uso de nuestras capacidades, de nuestra voluntad, de nuestro poder de amar. Ante el hecho de nuestra responsabilidad, hagamos nuestra parte, que tenemos todo lo necesario para no frustrar el plan de salvaci6n de Dios y la recapitulaci6n de todas las cosas en su Hijo, nuestro redentor, lo cual será el fin de la historia y es nuestro destino. Seamos valientes y tengamos confianza, a la vez que espíritu de sacrificio en nuestra incorporaci6n a la Pascua de Cristo, y sobre todo, amor: entrega desinteresada a nuestra vocaci6n, cualquiera que sea, búsqueda de la concordia y del bien de todos, incluso hasta dar nuestra vida en la proclamaci6n de la verdad, pero sobre todo en ese sometimiento diario de nuestra voluntad y existencia al designio de Dios, que está con nosotros.

V. CONCLUSION

Como creyentes, nos interesa el hecho de la revelaci6n; queremos entenderlo mejor. Un aspecto esencial de este hecho es la transmisi6n de la misma revelaci6n. Pues bien, el Concilio Vaticano II, magisterio supremo de la Iglesia, en el capítulo segundo de la constituci6n dogmática Dei Verbum, nos dice cómo ve ella hoy a la Tradici6n: es un depósito sagrado confiado a

todo el Pueblo de Dios que, a la vez que es fiel en su trans-
sión de la revelación salvadora de Cristo, se mantiene siempre
vivo y nuevo, poderoso para cambiar la existencia del hombre.
Traté de presentar los comentarios de algunos estudiosos de la
cuestión para explicar o comentar los aspectos que me parecieron
más significativos o problemáticos y, finalmente, expuse mi ac-
titud frente a la Tradición: ella es un interpelante continuo
que nos exige responder a la verdad y al amor de Dios y ~~al~~ al
prójimo, pues el Señor nos ha provisto bien de todo lo que po-
damos necesitar.

Emilio González-Chávez

CITAS Y REFERENCIAS

- (1) LUIS ALONSO SCHÖKEL Y OTROS, Comentarios a la constitución Dei Verbum, BAC (Madrid 1969), p. 228.
- (2) ROGER SCHUTZ Y MAX THURIAN, La palabra viva del Concilio, versión española, Studium (Madrid 1967), p. 17.
- (3) cf. OTTO SEMMELROTH Y MAXIMILIAN ZERWICK, El Concilio Vaticano II y la "Dei Verbum", versión española, Ediciones Paulinas (Argentina 1968), pp. 9-11; cf. Concilio Vaticano II, Constituciones, Decretos, Declaraciones, 7a. edición, BAC (Madrid 1970), p. 8; cf. LUIS ALONSO SCHÖKEL Y OTROS, pp. cit., pp. 272-274.
- (4) cf. ROGER SCHUTZ Y MAX THURIAN, op. cit., p. 84.
- (5) cf. Ibid., p. 84.
- (6) LUIS ALONSO SCHÖKEL Y OTROS, op. cit., p. 325.
- (7) ROGER SCHUTZ Y MAX THURIAN, op. cit. p. 99.
- (8) cf. Ibid., p. 104.
- (9) cf. Ibid., pp. 96-105.
- (10) cf. ibid., p. 107.
- (11) ENRIQUE DENZINGER, El magisterio de la Iglesia, versión española, Herder (Barcelona 1963), n. 783.
- (12) ENRIQUE DENZINGER, op. cit., n. 783.
- (13) cf. O. SEMMELROTH Y M. ZERWICK, op. cit., pp. 9, 32; cf. R. SCHUTZ Y M. THURIAN, op. cit., p. 80; cf. L.A. SCHÖKEL Y OTROS, op. cit., pp. 266-273.
- (14) cf. LUIS A. SCHÖKEL Y OTROS, op. cit., pp. 342-343 (notas al pie de la página nn. 79 y 80).
- (15) YVES M.J. CONGAR, O.P., La tradición y las tradiciones, tomo I, versión española, Ediciones Dinor (San Sebastian 1964), pp. 273-274.
- (16) Ibid., p. 276.
- (17) cf. R. SCHUTZ Y M. THURIAN, op. cit., p. 105.
- (18) cf. Y. CONGAR, op. cit., pp. 276-278.
- (19) cf. L.A. SCHÖKEL Y OTROS, op. cit., 279-281.
- (20) cf. Ibid., p. 343 (nota al pie de la página n. 80).
- (21) Ibid., p. 281.
- (22) R. SCHUTZ Y M. THURIAN, op. cit., p. 103.
- (23) cf. L.A. SCHÖKEL Y OTROS, op. cit., pp. 314-316.
- (24) Ibid., p. 317.
- (25) O. SEMMELROTH Y M. ZERWICK, op. cit., p. 43.
- (26) RENE LATOURELLE, Teología de la revelación, versión española, Ediciones Sígueme (Salamanca 1969), p. 383.
- (27) L.A. SCHÖKEL Y OTROS, op. cit., p. 355.
- (28) cf. R. LATOURELLE, op. cit., pp. 385-386.
- (29) Ibid., p. 377.

- (30) R. SCHUTZ Y M. THURIAN, op. cit., p. 113.
(31) L.A. SCHÖKEL Y OTROS, op. cit., 365.
(32) Ibid., p. 365.
(33) cf. R. SCHUTZ Y M. THURIAN, op. cit., p. 85.

BIBLIOGRAFIA

Biblia de Jerusalén, versión española, Desclée de Brouwer (Bruxelles, Belgium 1967).

CONGAR, YVES M.J., La tradición y las tradiciones, tomo I, versión española, Ediciones Dinor (San Sebastián 1964).

DENZINGER, ENRIQUE, El magisterio de la Iglesia, versión española, Editorial Herder (Barcelona 1963).

LATOURELLE, RENE, Teología de la revelación, versión española, Ediciones Sígueme (Salamanca 1969).

SEMMELROTH, OTTO, Y ZERWICK, MAXIMILIAN, El Concilio Vaticano II y la "Dei Verbum", versión española, Ediciones Paulinas (Argentina 1968).

SCHÖKEL, LUIS ALONSO, Y OTROS, Comentarios a la constitución Dei Verbum, BAC (Madrid 1969).

SCHUTZ, ROGER, Y THURIAN, MAX, La palabra viva del Concilio, versión española, Studium (Madrid 1967).

Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones. edición bilingüe, séptima edición, BAC (Madrid 1970).